

Walia atacó en la Bética á los silingos, exterminándolos totalmente, y restituyó el país á los romanos, no sin entregarles también al rey vencido. Redujo á los alanos de la Lusitania á tan extremado apuro, que hubieron de retirarse á Galicia, donde se mezclaron con los vándalos y con los suevos. Honorio triunfó en virtud de estas victorias en el Capitolio, y Walia recibió de orden suya la Aquitania con Tolosa, para que fijara allí su residencia (419). Pero este jefe murió en el curso de aquel mismo año, y tuvo por sucesor á Teodorico, hijo tal vez de Alarico, el cual consolidó y ensanchó considerablemente el poder de los visogodos.

Hacia esta época se establecieron en la Galia los francos y los burgundos. Honorio concedió á éstos la Primera Germania, desde cuyo punto se extendieron poco á poco por el hermoso país, que tomó de ellos el nombre de Borgoña. Convertidos al cristianismo no tardaron en prosperar, especialmente á contar desde el instante en que el rey Gondicario logró formar un sólo pueblo de sus difentes tribus. Imitaronles los francos despues de haber combatido á los enemigos de Roma, y habiendo saqueado primero á Tréveris sin obstáculo alguno, ocuparon lentamente desde esta capital de la Galia toda la Segunda Germania. Al instalarse estos feroces guerreros en las tierras de una nación que perdía su nombre como pueblo, extinguieron la prosperidad primitiva del territorio, aún cuando no tomaran más que el título de huéspedes, y reconocieron ser deudores de fidelidad al emperador de Occidente, de quien eran delegados sus reyes.

Habiendo quedado desguarnecida de tropas la isla de Bretaña cuando el usurpador Constantino se trasladó con todas sus fuerzas al Continente, los pictos y los caledonios se lanzaron fuera de la aspereza de sus montañas, y devastaron lo interior del país, al mismo tiempo que los piratas sajones y los libernios desolaban las costas. En su consecuencia, enviaron los bretones súplicas á Honorio, á fin de que les permitiera defenderse con sus propios recursos, lo cual les otorgó, encomendándoles que proveyeran á la salvación de la patria. Su ejemplo fué imitado (420) por los armoricanos, pueblo que ocupaba en la Galia el territorio situado entre el Loira, el mar y el Sena; expulsaron de

allí las guarniciones y los exactores, y luego se gobernaron por sí mismos. Despues de haber domeñado Constancio á los usurpadores, pudo momentáneamente sujetar de nuevo á la servil coyunda á los armoricanos; pero inconstantes como eran, y enemigos de todo yugo, no tardaron en sacudirlo cual antes lo habian hecho. Desde entonces ya no fué incorporada la Armórica al dominio de los romanos; gobernada por el clero, por la nobleza y por las autoridades municipales, negoció en calidad de provincia independiente.

De este modo iba cayendo pedazo á pedazo el coloso de Roma. Habíanse abandonado las cinco provincias de Bretaña; de siete sólo quedaban tres en España, y aún habia que contar muy poco con ellas. De las diez y siete provincias de la Galia, una se habia declarado independiente, tres estaban ocupadas por los visogodos, otras tantas por los francos y sus aliados; la Primera Germania y una parte de la gran Secuanense habian sido invadidas por los alemanes y por los borgoñones. Para conservar el resto, osó Honorio introducir en el gobierno del país apariencias de libertad. Ordenó á la Aquitania y á la Narbonense que convocaran anualmente una asamblea en Arlés, desde el 15 de Agosto hasta el 13 de Setiembre, compuesta del prefecto del pretorio en las Galias, de los gobernadores de las siete provincias, de los magistrados, quizá de los obispos de cerca de sesenta ciudades, y de un número indeterminado de ciudadanos, para la interpretacion y la promulgacion de las leyes; especie de representación nacional desconocida en el imperio, y que hubiera bastado á regenerarlo, si hubiera sido instituida en tiempo más oportuno y de una manera ménos ilusoria. Pero del asombro experimentado por Honorio al ver cuán poco cuidadosas se mostraban aquellas provincias en virtud de tan precioso privilegio, sólo participarán los que no saben hasta qué punto son vanas é insultantes las formas de la libertad bajo gobiernos arbitrarios.

De vuelta Constancio en Italia por este tiempo, se ocupaba activamente en realizar sus deseos, no de cariño, sino de ambicion, solicitando la mano de Placidia, de que al cabo fué dueño (1.º de Enero de 417); ella obedecia en este acto la orden expresa de Honorio, el cual

confririó, tanto á ella como á su esposo, el título de Augusto (8 de Febrero de 421). Sin embargo, cuando sus imágenes fueron enviadas á Constantinopla (Setiembre), Teodosio el Joven no se dignó admitirlas, y se habia hecho inminente la guerra cuando exhaló Constancio el último aliento en medio de sus preparativos militares.

Tan luego como hubo terminado la existencia del que por espacio de once años habia sostenido la debilidad de Honorio, empezaron de nuevo á agitarse numerosas intrigas en el seno de la córte. Placidia, á quien profesaba su hermano una amistad tan vehemente que la malignidad hallaba en ella asunto de severa censura, fué mal servida cerca de él por envidiosos que al fin consiguieron trasformar aquel acendrado cariño en profundo odio. Hasta tal punto llegaron las cosas que despues de muchos disturbios y de repetidas querellas, se vió obligada á buscar con sus hijos un asilo en la córte de Oriente (15 de Agosto de 423). Honorio, que en el curso de su largo reinado, jamás habia hecho cosa alguna más que á impulsos de sus lados, no sobrevivió mucho tiempo á su partida. A fin de hacer el pueblo objeto de burla su voluptuosa indolencia, contaba que, la saber la toma de Roma por el enemigo, se mostró inconsolable hasta que se cercioró de que se trataba de la antigua metrópoli del mundo, y no de su gallina favorita, á la cual habia dado este nombre.

Una de sus leyes prohibió el comercio á las personas de elevada clase, no como deshonoroso, sino porque les exponia á hacerse, respecto de los demas, delincuentes de desafueros. Otra permitia á todo el que hallara leones en sus tierras darlos muerte, aunque no cogerlos para traficar con ellos, teniendo más en cuenta la ventaja de los pueblos que los placeres imperiales. Es especialmente digna de atencion otra ley por la cual recomienda que todos los domingos sean llevados los presos á presencia del juez para saber si alguien les ha faltado, y conducidos al baño, y por la cual encarga vigilen las ejecuciones de estas disposiciones los obispos, que se las habian sugerido sin duda. Otra ley preceptua á los obispos tener cuidado de que los esclavos cristianos no sean maltratados cuando regresan á casa de sus amos.

Puede decirse que el paganismo recibió el golpe de gracia en sus tiempos. Arcadio ordenó derribar los templos (13 de Julio de 399), tanto en las ciudades como en las campiñas, y emplear sus materiales en la reparacion de puentes, de grandes carreteras, de acueductos y de baluartes. Despojóse á los ministros de los idolos de todo privilegio (1.º de Noviembre), y se prohibió bajo las más graves penas todo culto supersticioso.

Honorio amenazó por su parte con la pena capital á todo el que sacrificara á los falsos dioses; abolió las rentas de los templos, y destinó á usos públicos estos edificios, castigando á los funcionarios que toleraran los sacrificios, y encargando á los obispos de impedir que fueran celebrados. En su consecuencia fueron demolidos muchos templos; otros fueron consagrados al culto del verdadero Dios, como el de la diosa Celeste en Cartago; edificio notable, que, célebre por la devocion de los fieles, ocupaba con sus dependencias un espacio de dos millas cuadradas.

## CAPITULO IX

Los hunos.

Tan extravagantes y escasas nociones se nos habian trasmitido acerca de los hunos, que hubieron de excitar la curiosidad de los hombres de sabiduría no ménos que la del vulgo. De Guignes pareció satisfacer este sentimiento y el gusto á la novedad, cuando proclamó en el siglo pasado que los hunos no eran otra cosa que los *yung-nous*, nación nómada, siempre amenazante, junto á las fronteras de la China, que repelida por aquel punto, se habia lanzado sobre Europa para insultar en ella á Roma, despues de haber desafiado á Pekin.

Su sistema ingenioso sedujo á sus contemporáneos, si bien lo echó por tierra un conocimiento más profundo de los libros originales como contrario al parentesco de las lenguas y á la historia. Fueron derrotados los *yung-nous* cerca de las fuentes del *Irtich* por los chinos (91), y sus restos se encaminaron hácia el Occidente para penetrar en la Sogdiana; pero se les puso estorbo á este designio, viéndose obligados á establecerse al Norte del *Cout-ché* bajo el nombre de *yue-pos*. Posteriormente se adelantaron



hacia el Noroeste y habitaron con el mismo nombre una landa de los *kirghiz*, cruzada por los montes *Oulou-to* y *Alghin-to*. En buena inteligencia al principio y despues en guerra con los *juan-juans*, excitaron á los *goeis* (448) á atacarlos por el lado de Oriente, mientras los otros caian sobre ellos hácia la parte de Occidente. Ya no se les menciona á contar desde este tiempo; y así como los héroes que han desaparecido del mundo sirven de inmenso recurso para las novelas atestadas de prodigios, de la misma manera este silencio de la historia venia muy á propósito para hacerles aparecer súbito en Europa en el siglo de Valente. Pero segun llevamos dicho, el nombre de *yung-nous* se habia mudado en el de *yue-pos*, y Eratóstenes señalaba una tribu de los hunos (*onitioi*) al Occidente del mar Caspio y al Norte de los albaneses, doscientos años antes de Jesucristo, es decir, cuando todavía inquietaban los *yue-pos* el Norte de la China. Es de consiguiente imposible confundir á los hunos con los mongoles, los tártaros y los turcos. Al revés, existen muchos motivos para señalarles entre la raza que ocupa en el día parte del Nordeste de Europa; raza á que por una de sus fracciones aplicamos el nombre de finica, y que se denominaria con más fundamento ourálica, porque baja hácia el Oriente y hácia el Occidente desde la cumbre de los montes Ourales.

Tambien presentan las crónicas contemporáneas á los hunos como pertenecientes á la misma familia que los ávaros y los húngaros, y sus nombres propios, único residuo de su lenguaje, se explica con el auxilio del idioma hablado por estos últimos. Si la falta de barba, los ojos de cerdo y la nariz roma, podian darles mucha semejanza con los kalmucos, estos caracteres se encuentran asimismo en muchas naciones del Asia Septentrional, y con especialidad entre los vógulos de nuestra época, que pertenecen á la raza fina oriental. Su mezcla con las poblaciones turcas, eslavas, alemanas, mejoró esta raza hasta el punto de producir la hermosa generacion de los ávaros y de los húngaros.

Habitaba en los primeros siglos de nuestra era más al Mediodía que actualmente, y en los tiempos anteriores se extendia hasta las riberas del Euxino, donde se confundia con otros mil

pueblos bajo la vaga denominacion de escitas. Por el centro de las fértiles comarcas vecinas á las ourales pasaron los diferentes nómadas, que desde el corazon del Asia llegaron á invadir la Europa. Algunos hicieron alto en la mitad del camino, y se mezclaron con las poblaciones finicas, formando nuevos idiomas y nuevas naciones, de las cuales unas permanecieron en la patria adoptiva, á la par que otras se adelantaron hácia Europa empujadas por nuevas emigraciones orientales.

Dionisio Periegeto menciona á los hunos bajo su propio nombre (*ounnoi*), colocándolos á semejanza de Eratóstenes, en la costa occidental del Mar Caspio, entre los escitas, los caspios y los albaneses; Ptolomeo los sitúa entre los bastarnos y los roxolanos, es decir, en las orillas del Boristenes; finalmente, Zonaro cuenta que el emperador Caro fué muerto en el año 284 en una expedicion contra los hunos.

De consiguiente, eran ya conocidos mucho antes de que se arrojaron sobre las naciones indo-germánicas (376). En un principio ocuparon la comarca situada entre el Mar Negro y el Danubio; despues se derramaron por las provincias del imperio.

Espantada la imaginacion al aparecer aquellas hordas extrañas á la raza indo-germánica, y no encontrando nada que la satisficiera en el mundo real y efectivo, acudió á las fábulas de buen grado. Dícese, pues, que habiendo hallado Filimero, rey de los godos, entre sus gentes á algunas alrunnas, nombre con el cual se designaba á las mágicas, las expulsó á un país desierto, lejos, muy lejos de su campo. Encontráronlas en aquel punto espíritus malignos, y habiéndose unido á ellas, enjendraron á los hunos, seres horribles y de pequeña estatura, sin asemejarse á los hombres más que en el uso de la palabra. Ammiano Marcelino los presenta como dotados de una ferocidad sin par en el mundo; apenas acababan de nacer surcaba su rostro un hierro hecho ascua, á fin de impedir que brotara la barba, lo cual hacia que parecieran eunucos; por lo demas, rechonchos, de robustos miembros, enorme cabeza y ancha espalda, se les hubiera podido tomar por animales que se ponian en dos patas, ó por groseras cariátides sosteniendo puentes. Otros comparan su rostro á una masa de carne informe, hendida

con dos agujeros en guisa de ojos, añadiendo que, á pesar de su corta estatura, son vigorosos, tienen ancha espalda, llevan erguida la cabeza y son excelentes arqueros. Persiguiendo algunos de ellos en la caza, su ocupacion habitual, á una corza blanca, cruzaron detrás de ella por los Palus-Meótidas, y conocieron de este modo el país de los escitas. Peseidos de la idea de que por un medio sobrenatural se les habia indicado aquel camino, exhortaron á sus compatriotas á invadir las comarcas que habian descubierto. Su consejo fué seguido, y lanzándose desde sus desiertos los hunos vencieron á una parte de los pueblos que encontraron al paso, y pusieron á los otros en fuga á consecuencia del terror que infundia su horrible aspecto.

Vivian como salvajes, no sabiendo siquiera hacer cocer las carnes y alimentándose con raíces crudas ó con carne que ponian bajo la silla del caballo á fin de que se ablandara. Los prisioneros de guerra cultivaban sus campos y tenian cuidado de sus bestias. No moraban en casas, ni en chozas, por considerar todo recinto con paredes como una sepultura, y por no creerse en seguridad bajo ningun techo. Acostumbrados desde la más tierna infancia á soportar el frio, la sed, el hambre, cambiaban á menudo de residencia, trasladando á toda su familia en carros tirados por bueyes. Cosian las mujeres los vestidos de sus esposos y daban de mamar á sus hijos. Vestianse de lienzo ó con pieles de marta, que no se quitaban de encima hasta el momento en que del todo se caia á pedazos. Ceñido el casco á la cabeza, cubiertas las piernas con piel de macho cabrío, calzados los piés tan toscamente que no podian andar apenas, rara vez se apeaban del caballo, y permanecian montados día y noche, ora cabalgando sobre la silla, ora sentados. En esta actitud comian, bebían, se congregaban en consejo, y para dormir se inclinaban sobre el cuello de su cabalgadura. Arrojábanse contra el enemigo prorrumpiendo en ahullidos feroces; volvian riendas y desaparecian, si encontraban resistencia, y luego tornaban á la carga veloces como el relámpago, echando todos los obstáculos por tierra. Las flechas que disparaban ya ganando terreno, ya en la fuga, estaban armadas con una punta de hueso, tan dura y

tan mortífera cual si hubiera sido de hierro. De cerca peleaban con la cimitarra en una mano y un lazo en la otra, para coger preso al enemigo; pero ninguno de ellos podia descargar un sólo golpe en tanto que un ginete de una familia privilegiada no hubiera dado el ejemplo. A veces hasta las mujeres tomaban parte en las lides. Hacia un siglo que habian llegado á Europa y aún no tenian la menor idea del arte de la escritura.

Habiendo abandonado las diversas tribus de este pueblo (374) las orillas del Volga y de los Palus-Meótidas, á las órdenes del rey Balamiro avasallaron á los acatsiros, nacion que tenía el mismo origen que ellos, y asaltaron á los alanos del Tanaís. Vencidos éstos se asociaron á los hunos, y todos juntos se precipitaron sobre el territorio de los ostrogodos. A la sazón reinaba en una vastísima comarca Hermanrico, quien habia sido comparado á Alejandro por la extension de sus conquistas. Cuando, ya viejo, vió venir encima aquella nueva y formidable tormenta, se dió muerte para libertarse de la ignominia de una derrota. Vitimiro, su sucesor, fué muerto cerca del Erac, oponiendo resistencia á la invasion extraña. Atanarico, caudillo de los godos tervingios, fué tambien puesto en fuga junto al Dniester, y los ostrogodos se diseminaron ó se sometieron al yugo. Solicitaron los visogodos ser admitidos en las tierras del imperio, abandonando á los hunos el país situado al Norte del Danubio, donde se hallaban establecidos hacia siglo y medio, y que vino á ser entonces centro de un nuevo estado destinado á durar setenta y siete años.

De ningun modo querian hacer alto allí los hunos, y, alentado Balamiro por la victoria, devastó las provincias romanas, en las cuales destruyó muchas ciudades hasta el momento en que pudo aplacarle la promesa de un tributo anual de diez y nueve libras de oro (20.000 francos). Donato, que le sucedió en el mando, fué víctima del puñal de un asesino (387), y los romanos se vieron en la imperiosa necesidad de conjurar las amenazas de Karaton por medio de los más espléndidos donativos. Desde entonces se vieron mezclados los hunos de vez en cuando á los acontecimientos que agitaron el imperio; pero cerca de cuarenta años despues, les condujo Roila mas acá del Danubio; saqueó



la Tracia y amagó á Constantinopla (425); subia de punto el peligro cuando se declaró entre los suyos la epidemia, y él mismo quedó muerto de un rayo.

Rua ó Rugula recibió de Teodosio II un tributo anual de trescientas cincuenta libras de oro (370.000 francos) á trueque de vivir en sosiego; si bien cuando tuvo noticia de que los amilzuros, los itimarios, los tonosuros y los boikes, pueblos limítrofes del Danubio, habían celebrado alianza con los romanos, dirigió á Teodosio la amenaza de romper su convenio, si no se segregaba de aquellos pueblos y les obligaba á volver á entrar en la comarca de donde habían salido. Quizá resolvió observar esta conducta á instigación de Aecio, quien se había retirado á su lado (432). Pero apenas hubo hecho alianza con Valentiniano III (433), terminó su existencia, dejando la autoridad suprema á sus dos sobrinos Bleda y Atila, el azote de Dios.

Casi se creería que este guerrero terrible no fué un personaje histórico, ó que conviene considerarle más bien como un mito vago, como un símbolo de destrucción inmensa, si no lo hubiera visto Prisco con sus propios ojos. A principio de su reinado infunde espanto á Teodosio II, quien compra una paz vergonzosa al precio de setecientas libras de oro cada año; además, el emperador otorga permiso al bárbaro para traficar libremente en las riberas del Danubio, y le promete la restitución de cuantos súbditos suyos se habían refugiado en las provincias imperiales. Cuando los tuvo en su poder Atila (y había entre ellos muchos vástagos de real estirpe) mandó que fueran crucificados todos. Dispuesto á poner en planta todos sus caprichos, luego que ha humillado y tiene á discreción suya el imperio, hace la guerra á los bárbaros de origen diverso, establecidos ó errantes en el centro de Europa. Se someten ó son reducidos por él á la obediencia los gépidos, los ostrogodos, los suevos, los alanos, los quados, los marcomanos, y ensancha su imperio desde las comarcas habitadas por los francos hasta el país de los escandinavos, sembrando el terror en el mundo entero. Forma su comitiva una muchedumbre de reyes, y setecientos mil guerreros aguardan que una señal suya les indique la región marcada por

la venganza de Dios para ejercer allí sus estragos.

Atila era de una fealdad extremada: tenía la tez de color de aceituna, gruesa cabeza, nariz roma, pequeños y huudidos ojos, algunos aunque pocos pelos en la barba; además era envuelto en carnes y vigoroso. Mostrábase arrogante en su apostura y en su mirada, como un hombre que se siente superior en energía á cuanto le rodea. Su vida era la guerra, y sin embargo, sabía dominarse; severo para exigir en los demás justicia, sólo la veía para sí en su voluntad absoluta. Aparecía, no obstante, accesible al ruego y benévolo respecto de aquellos á quienes tomaba bajo su patrocinio. No fiándose únicamente en sus fuerzas personales, hace que se divulguen entre sus gentes algunos de aquellos cuentos en que lo maravilloso seduce y fascina á la muchedumbre. Habiéndose herido una novilla en una pata mientras pacía, asombrado el pastor arranca la yerba y descubre en aquel sitio la punta de una espada; la desentierra y va á ofrecérsela á Atila, quien afecta aceptarla como un dón del dios de la guerra y un signo de dominación universal. Decía á menudo: *Cae la estrella, la tierra se estremece; yo soy el martillo del mundo; donde pone mi caballo los pies no vuelve á nacer yerba.* Como le denominara un ermitaño *Azote de Dios*, adoptó este sobrenombre como un augurio y convenció á las naciones de que le merecía.

¿Podía soportar un colega un hombre de esta especie? Da muerte á Bleda, y después de haber vencido al mundo bárbaro, se revuelve contra el mundo civilizado.

Primeramente se encaminó hácia la Persia, y trasponiendo las montañas, llegó á la Media; pero acreditaron nuevamente su antiguo valor los descendientes de Ciro y de Arsacio, y le obligaron á retroceder camino, abandonando mucha parte del producto de sus rapiñas. Temeroso entonces el vándalo Genserico de que se le fuera de las manos su dominio en Africa de resultas de la buena inteligencia que existía entre Teodosio y Valentiniano, impulsó á Atila á invadir el imperio de Oriente. Una banda de hunos llegó á perturbar el comercio que se hacía junto al Danubio, dispersando y arrancando la vida á los mercaderes atacados de improviso, y derribó la fortaleza de Margo bajo pretexto

de recobrar un pretendido tesoro tomado por el obispo y á causa del asilo dado á algunos hombres que se habían sustraído de la justicia de su soberano. Puso, pues, la guerra en combustión á la Mesia, y para librarse del peligro el obispo de Margo, entregó su ciudad en manos de Atila. Desde allí se precipitó el torrente bárbaro sobre todas las plazas fuertes de la frontera de Iliria y destruyó las populosas ciudades de Sirmio, Singuduno, Ratiaria, Marcianópolis, Naiso, Sárdica, que formaban un límite militar. Tan luego como Atila hubo extendido sus hordas desde el Euxino hasta el Adriático sobre una formidable línea de quinientas millas, despachó un enviado á Valentiniano y á Teodosio, el cual llegó á decir á los dos emperadores: *Atila, mi soberano y el vuestro, os intima que no descuideis prepararle un palacio.*

Teodosio volvió á llamar á toda prisa las tropas que había enviado á Sicilia contra Genserico y las que peleaban contra los persas; pero no se atrevía á colocarse á la cabeza de su ejército, ni contaba con caudillos bastante hábiles, ni con tropas sobrado disciplinadas para poder hacer frente al enemigo. Tres insignes victorias condujeron á Atila hasta los arrabales de Constantinopla, donde un terremoto, que echó á tierra veintiocho torres, hizo temer que ni aun la capital sería un asilo seguro para el señor del imperio. Fueron entradas á saco setenta ciudades; aquellos que se escapaban de la matanza quedaban reducidos á la servidumbre, y estimados en la repartición del botín según el vigor de sus brazos, no con arreglo á su habilidad como sabios ó sofistas. Teodosio, el invencible Augusto, desprovisto de los recursos que brinda ora una tiranía prepotente, ora una libertad generosa, no halló mejor partido que implorar la compasión de Atila, y el temible huno le dictó estas condiciones; cesión por el emperador de los países próximos al Danubio en una longitud de quince días de camino; aumento del tributo anual de setecientas á mil libras de oro, y además seis mil libras pagaderas al contado para los gastos de la guerra. Esta suma exorbitante para un imperio exhausto de fondos por el lujo, por la mala administración y por los preparativos militares, no pudo ser allegada sino por medio de un impuesto extraordinario sobre los senadores, obli-

gados á vender en pública subasta las joyas de sus mujeres y los ornamentos hereditarios de sus palacios. La soberbia, que sobrevivía á la grandeza, dió el nombre de salario á este tributo, y el título de general del imperio al rey de los hunos, quien decía con la risa en los labios: *Los generales de los emperadores son esclavos, y los generales de Atila son emperadores.*

Además se obligó Teodosio á poner en libertad á todos los hunos prisioneros durante la guerra, á pagar doce monedas de oro por todo esclavo romano que sacudiera el yugo de los bárbaros, y á entregar á discreción á todo el que hubiere desertado del campamento de Atila. De esta suerte se privaba á sí propio de la esperanza de hacerse adictos los pueblos bárbaros, mostrándose incapaz de prestarles patrocinio, y por otra parte no se atrevía á llamar á los suyos á una guerra nacional. Sin embargo, los habitantes de Azimuncio, pequeña ciudad de la Tracia, dieron muestras de que el antiguo valor no se había extinguido del todo. Al aproximarse los hunos salieron á su encuentro y los mantuvieron á raya, hasta les cogieron botín y prisioneros, haciendo también reclutas entre sus desertores. Vanamente les ordenó Teodosio que se sometieran á las condiciones que le habían sido impuestas; hubo necesidad de que Atila accediera á un tratado particular con aquellos hombres generosos, prometiendo el canje de los fugitivos y de los desertores. Pero cuando llega el caso de ponerlo en planta, apelan los azimuntinos á una patriótica mentira, y juran que han despedido á los desertores y dado muerte á los esclavos, á excepción de dos únicamente.

Alentado Atila á nuevos ultrajes, en virtud del envilecimiento que encontraba donde quiera, exigió de Teodosio que renunciara al título de señor de la comarca que se extiende desde el Danubio hasta la Tracia; después de esto, cada vez que apetecía remunerar á alguno de sus parciales por sus buenos servicios, le enviaba á la corte de Constantinopla, bajo pretexto de reclamar la ejecución de los tratados, á murmurar amenazas al oído del emperador dentro de su mismo palacio; y realmente el embajador se enriquecía con los regalos á cuyo precio creía el débil emperador comprar su



convivencia. Entre el número de estos embajadores se contaron Orestes, noble pannonio, y Edecon, jefe de la tribu de los escirros, después célebres, uno como padre del último emperador romano, y otro del primer rey bárbaro de Italia. Tan luego como desempeñaron su cometido volvieron ambos al lado de Atila (448), acompañados de Maximino, personaje de los más distinguidos de la corte de Oriente por los empleos civiles y militares que había tenido á su cargo con crédito sumo. A su lado se hallaba el sofista Prisco, que nos ha conservado el relato de su viaje y de la negociacion que tuvo por objeto.

Pusieronse en marcha desde Constantinopla con numeroso séquito de hombres y de caballos, dirigiéndose hacia Sárdica, á la cual hallaron reducida á cenizas. En seguida pasaron á Naiso, arsenal floreciente en otro tiempo y convertido á la sazón en un montón de escombros, donde languidecían algunos enfermos en las ruinas de las iglesias, mientras movía á lástima ver el resto de la ciudad sembrado de osamentas. Por último, cruzaron el Danubio en barcas hechas de un tronco de árbol ahondado en hueco. Ya Maximino había tenido con los enviados del rey disputas de preeminencia; desde entonces le fué vedado levantar sus tiendas á fin de que no eclipsara la majestad régia. Acto continuo quisieron los ministros hunos que presentara las instrucciones de que había sido encargado por su soberano, y como se negara á obedecerles, pudo reconocer que ya tenía el enemigo por traicion clara noticia de ellas. Tras un larguísimo viaje hacia el Norte obtuvo con mucha dificultad dar alcance al monarca. Guías bárbaros regulaban á su antojo la dirección y la rapidez de las marchas; y aldeas de aquellos contornos suministraban á los viajeros provisiones abundancia, aguamiel y *can*, licor hecho con cebada. Sorprendidos cierta noche por una manga de lluvia y viento anduvieron errantes en la oscuridad hasta llegar á una aldea, cuyos habitantes se despertaron á sus gritos. Pertenecía á la viuda de Bleda, que hizo iluminar con cañas todos aquellos alrededores, proporcionó aquello de que más necesidad tenían los embajadores romanos, y les envió bastante número de hermosas mujeres. Sus buenos oficios fueron recompensados con el donativo de copas de pla-

ta, de tela de lana encarnada, de frutas secas y de pimienta de la India.

La capital de aquel vasto imperio de los hunos, que no poseía una ciudad siquiera, era un campamento entre el Danubio, el Thiss y los Kárpatas, quizá en las cercanías de Jasberin, de Agria y de Tokay, en aquel lugar ilustrado posteriormente por la victoria más insigne de los tiempos modernos (*Austerlitz*.) Como ya hemos visto en la época de los primeros conquistadores asiáticos, las tiendas movibles se habían convertido en cabañas de madera, de paja y de arcilla, dispuestas simétricamente y bastante numerosas para dar cabida á toda la corte. Onogeso, favorito del rey, había construido un baño de piedra. Un palacio de madera sumamente extenso, cercado con una empalizada de tablas pulimentadas, servía de habitación á las mujeres de Atila. Cada una de ellas tenía allí su aposento separado, y como los celos de su señor no les prohibían la sociedad de los hombres, Maximino pudo penetrar en el de Creca, reina principal de todas. Aquel era un edificio bien construido, sustentado por columnas de madera torneada, esculpida y barnizada, donde no faltaban regularidad en las proporciones, ni gusto en los ornamentos. Creca recibió á los embajadores reclinada sobre un blando lecho en una habitación elegante cubierta con una alfombra, donde la rodeaba un círculo de esclavas, mientras sus jóvenes acompañantas bordaban los vestidos de los vencedores del mundo. Estos, en testimonio de sus triunfos, se complacían en ostentar una gran riqueza de oro y de pedrerías, adornando con ellas sus personas, sus armaduras, sus espadas y hasta su calzado, y sobrecargando sus mesas de vajillas de oro y plata cincelada.

Al revés, Atila afectando la mayor sencillez en su persona, no tenía más adorno que sus armas. Servíase á la mesa de copas y de platos de madera, y no comía pan ni carne. A su entrada en el salón del banquete se hacía una libación para saludarle; después se sentaban de tres en tres ó de cuatro en cuatro á cada una de las pequeñas mesas preparadas en torno de la mesa del monarca, elevada encima de algunos escalones y reerrada para Atila, sus hijos, y algunos príncipes de alta gerarquía. A cada servicio bebía el rey tres veces á la sa-

lud de uno de los principales oficiales, que debía recibir en pié aquella demostración honorífica y responder á su vez con un brindis. Los embajadores romanos asistieron á un banquete. Luego que fueron alzadas las mesas quedó el vino, y cada cual se entregó de lleno á la intemperancia. Al mismo tiempo dos poetas cantaban cerca del lecho de Atila su bravura, sus hazañas y las de sus abuelos; decían de este modo: *Nosotros combatíamos con la espada y prorumpieron en gritos de alborozo las águilas y las aves de rapaña, lloraron las vírgenes por largo tiempo; pasan veloces las horas de la vida; cuando nos toque morir la sonrisa arqueará nuestros labios*. En seguida aparecieron los bufones, que excitaron en el salón estrepitosas carcajadas. Entre todos sólo Atila permanecía grave; meditaba en la conquista del mundo, y no daba tregua á su pensamiento más que para acariciar las mejillas de Inarch, el menor y más amado de sus hijos.

Acercóse á Prisco en el campamento de Atila un extranjero vestido á la usanza de los escitas de distinción, el cual le saludó en griego. Hizole presente cómo después de haber perdido en las invasiones anteriores su libertad y su fortuna, había venido á ser esclavo de Onogeso, consiguiendo encumbrarse en virtud de sus eminentes servicios al nivel de los hunos, con quienes había contraído vínculos de parentesco. Comía á la mesa con su amo; y su condición entre los bárbaros le parecía preferible con mucho á la que tenía en Grecia, donde los emperadores, incapaces para proteger á sus súbitos y á sus amigos, abrumaban al pueblo con contribuciones; donde había necesidad de sujetarse á una porción de leyes, que engendraban infinitos procesos, y donde se vivía en medio de la corrupción más repugnante.

Cuando Atila entró en su campamento particular se adelantó á su encuentro una numerosa tropa de mujeres en dos filas, sosteniendo en el aire de un lado á otro velos de lino blanco en forma de dosel, bajo el cual entonaba cánticos un coro de doncellas. Luego que estuvo delante de la morada de Onogeso, la mujer de este ministro, que le ayudaba en aquel punto, riadió homenaje al héroe, ofreciéndole vino y manjares que le tenía preparados. A una señal que hizo levantaron los esclavos á su altura

(porque permanecía á caballo) una mesa de plata de la cual toma Atila una copa llevándosela á los labios; después saludó á la dama y siguió su camino.

Lejos de permanecer ocioso en su campamento, congregaba á su consejo con mucha frecuencia, daba audiencia á los embajadores y administraba justicia desde lo alto de un tribunal alzado delante de la puerta del palacio.

Al admitir por la vez primera cerca de sí á los embajadores romanos, se hallaba sentado en una silla de madera, rodeado de numerosa guardia, y les reconvinó con ademán amenazador de la mentira del intérprete Vigilo, quien le había dicho que en las tierras del imperio no había más de diez y siete mil desertores. En otra audiencia renovó sus orgullosas reprensiones sobre la falta de cumplimiento de las promesas hechas, tanto á él como á sus favoritos. Habiéndose ablandado después hasta cierto punto, despidió á los embajadores concediéndoles algunos esclavos por un ligero rescate, y á cada uno de los nobles escitas les hizo presente de un caballo.

Pero mientras Maximino trataba lealmente de la paz, se urdía una traición infame sin conocimiento suyo. En el instante en que Edecon se hallaba en Constantinopla y manifestaba su asombro á la vista de tantas riquezas, el eunuco favorito Crisafo dispuso que le dijeran por conducto del intérprete Vigilo: *Puedes hacerte digno de una pingüe parte de ellas dando la muerte á Atila*. Edecon empeñó una promesa; mas ya fuese porque aceptó fingidamente la propuesta, ó porque se arrepintiera, es lo cierto que dió cuenta de la trama al formidable huno. No tomó Atila ocasión de este desagradable suceso para faltar al respeto debido al título de embajador, si bien mandó poner preso á Vigilo, que había vuelto al campamento, y dejándole la elección entre una bolsa llena de oro ó la muerte de su hijo, próximo á ser degollado á presencia suya, arrancó de su boca la confesión del delito. Perdonó la vida al delincuente mediante la suma de 200 libras de oro, y luego envió á Constantinopla á Esfa y Orestes con la bolsa dada á Edecon en premio de la traición proyectada. Introducidos cerca del emperador, le hablaron de este modo: *Atila y Teodosio na-*